

## **El imperio de la mediocridad en la educación latinoamericana**

**Por**

**Jorge A. Sanguinetti**

**Segunda de dos partes**

¿Por qué hay una alta proporción de estudiantes latinoamericanos que no aprenden lo suficiente? Los rendimientos académicos tan bajos que vimos en la primera parte de este artículo así lo indican, especialmente en las muestras de estudiantes a los que se aplican pruebas de rendimiento académico en español y en matemática. En esa primera parte señalé que el problema radicaba principalmente en los ministerios de educación y en los sindicatos de maestros. Pero en esta segunda parte vamos a indagar un poco más en dichas causas y en otros factores contribuyentes a esta situación tan grave.

Primero que nada tengamos en cuenta que en cualquier país el sector educativo, o sea, el sector de la economía donde se produce o se pretende producir la educación es el que ocupa el mayor número de personas, incluyendo alumnos y personal docente. Este sector moviliza también un volumen sustancial de recursos humanos y financieros.

Generalmente la educación pública representa el mayor renglón de gastos gubernamentales en el presupuesto de una nación, factor que atrae la atención de muchos interesados en lucrar con el sector, obtener empleo, o simplemente ganar prominencia política. Después de todo, el monopolio de la educación concentra el poder del sector en el ministerio o incluso en la presidencia, que son los que decidirán el nivel de empleo del personal docente y los niveles correspondientes de salarios y otros beneficios. El sindicato de maestros surge como una necesidad de negociación colectiva frente a la empresa que contrata y paga personal docente, el ministerio.

Actualmente, el interés primordial del ministerio está en que las escuelas estén abiertas y el interés principal de los maestros estriba en sus beneficios. Los maestros que se preocupan por la educación de sus alumnos lo hacen por vocación propia, pues no hay incentivos para preocuparse por el rendimiento. Incluso cuando se menciona la eficacia o la calidad profesional de los docentes, surgen protestas y amenazas de paro por parte de los sindicatos. En estas condiciones el objetivo educativo cardinal de casi cualquier gobierno latinoamericano es evitar que haya una huelga de maestros. En la economía política del sector educativo tradicional la calidad del producto educativo se queda en un limbo, sin defensores en la relación antagónica entre ministerio y sindicato.

Los padres, que son los más interesados en la educación que reciben sus hijos, no tienen el poder mínimo para mejorar esta situación. Tampoco tienen expectativas razonables de poder intervenir en el proceso educativo o expresar su opinión exigiendo que se imparta una buena educación. Y este estado de cosas ha durado tanto, que ni siquiera es concebible que los padres participen en las decisiones del sector.

El monopolio bilateral representado por el ministerio de educación y el sindicato de maestros es prácticamente una forma de socialismo educativo. Como muchas de las estructuras socialistas, los intereses privados de los agentes de ambos lados acaban prevaleciendo por sobre cualquier otra consideración, aunque lo hacen a escondidas y encubiertos por la retórica oficial. Por un lado están los intereses personales de los políticos y los burócratas de la educación, por otro están los intereses privados de los maestros. En esta configuración, los intereses privados de los estudiantes y de sus padres no tienen cabida; el sistema se ha organizado para que ellos no cuenten. Y hay más, el sistema está organizado para que los padres ni siquiera sepan cómo participar.

Pero la mediocridad educativa es tan profunda que sobrepasa el ámbito del sector, alcanzando todos los aspectos de la sociedad. Una manifestación de este fenómeno es la incapacidad de los medios de comunicación y de la sociedad civil para identificar estos problemas y debatirlos públicamente. Los medios parecen concentrarse en las noticias, especialmente en las huelgas y conflictos similares en el sector, pero rara vez tocan el tema de la calidad de la educación que se imparte a los futuros ciudadanos.

En mi opinión, la solución definitiva a este problema radica en hacer explícito el interés privado de los diversos agentes y dismantelar la estructura que los canaliza en contra de una buena educación. La manera de hacerlo no es descentralizando al ministerio, sino quitándole la administración de las escuelas. Cada plantel educativo no es otra cosa que una empresa productora de educación y como tal debe rendir cuentas de su producto a sus clientes, o sea, los padres de los estudiantes que educa. Los padres son, a nivel de escuela individual, los que deben decidir sobre las condiciones de trabajo del personal docente. Y esto se puede lograr haciendo que los padres tengan la libertad de escoger a qué escuela mandan a sus hijos.

No se necesitan ministerios ni sindicato como intermediarios de esta relación. El ministerio se convertiría en una agencia para financiar la educación en las escuelas y además brindar asistencia técnica, pedagógica y administrativa. Dicha agencia también serviría de guía indicativa de la enseñanza y tendría la función de vigilancia sistemática de la calidad educativa. Los sindicatos de maestros se transformarían en centros de información y promoción de oportunidades de empleo y superación profesional. Cuando los padres tengan el poder de escoger las mejores escuelas para sus hijos, apreciarán mejor la labor de los buenos maestros, compensándolos debidamente. Eso hará que los maestros recuperen el prestigio que tuvieron hace años en sus países, lo cual hará que mejoren sus condiciones de trabajo.

Jorgeas730@aol.com

Washington, D.C. 22 de agosto de 2007